

La costumbre de la mediocridad

Alfredo Acle Tomasini©

Otra vez, como una condena que se repite cíclica y fatídicamente, la carreta volvió a atrancarse. Y como en el pasado, cuando nos hemos atascado, resurge el mismo reclamo que, dicho de manera mecánica, hace una suerte de eco que se expande en distintos foros: "Hay que cambiar de modelo".

Ingenuos nos preguntamos: ¿Qué acaso teníamos uno? ¿Qué no es precisamente la carencia de un modelo orientado a construir un proyecto de país lo que nos ha hecho considerar a las políticas económicas como fines en sí mismos y no como medios para edificar nuestro futuro?

Más aún, si tomamos distancia de los indicadores económicos y vemos nuestra realidad nacional desde una perspectiva más amplia, es fácil concluir que no solamente la economía se ha deteriorado sino que lo mismo ha ocurrido en muchos otros planos de la vida nacional. Y lo peor es que nos estamos acostumbrando a esto, que no es otra cosa que a vivir en la mediocridad.

Quienes como padres jóvenes nos habíamos propuesto dejarles a nuestros hijos un país mejor, hoy después de treinta años debemos admitir que hemos fallado. No es el México contemporáneo un motivo de orgullo y menos aún éste tiene las mismas condiciones que nosotros disfrutamos. Hubiéramos querido que heredaran una nación segura y que su libertad no estuviera acotada por la violencia y la criminalidad, para que en ella cimentaran el desarrollo de sus familias; que salieran a la calle sin temor y que encontraran las oportunidades para su desarrollo, producto de una sociedad más igualitaria, donde el mercado se ensanchara y las diferencias se redujeran.

Con pasividad hemos visto cómo naciones que estaban por detrás de nosotros, hoy nos superan; cómo países que nos pedían ayuda en materia petrolera, hoy son quienes nos la proporcionan. Ahora, después de años de un magro desempeño económico, la economía se derrumba en 10 por ciento, con lo cual el PIB per cápita se regresa al nivel que tenía hace un quinquenio.

No requerimos de gran perspicacia para saber que esta contracción significa hambre y que ello intensificará los problemas sociales como la inseguridad puesto que, ante la ausencia de una red institucional para amortiguar el desempleo, lo que no se obtiene por la vía laboral suele arrebatarse por la delictiva.

¿Qué nos pasó? ¿En dónde erramos el camino? Yo creo que, más que equivocar el rumbo, lo que perdimos fue la iniciativa con la esperanza de que otros -en particular, las fuerzas del mercado y los extranjeros- hicieran el trabajo que a nosotros nos correspondía, sin darnos cuenta que del pastel sólo tomarían las tajadas más dulces y que dejarían de lado aquello que no les reportara lucro alguno.

Es incuestionable que la sencillez del credo neoliberal lo hizo muy atractivo: apertura comercial y al capital extranjero; desregulación, privatización y repliegue del Estado son conceptos simples, pero que en la práctica no lo fueron: a los mexicanos nos han costado mucho las pifias en la privatización de carreteras y bancos; en tanto hoy

padecemos los efectos de una desregulación bancaria que terminó en una crisis económica de escala mundial. Mientras que hemos comprobado que sacar diez en conducta mediante finanzas públicas en equilibrio, incluso con superávit, no garantiza el diez en aplicación.

A la vez, hemos visto cómo las fuerzas del mercado pueden actuar de manera perversa porque, mientras eliminan empleos o no crean los suficientes en actividades lícitas, pueden demandarlos en áreas que están al margen de la ley. Visto de una manera cínica, quienes trabajan en el narco, la prostitución y el ambulante han seguido las reglas del mercado.

La paradoja del modelo neoliberal es que el Estado, por él marginado y satanizado, ha terminado por sacar al buey de la barranca, usando para ello recursos públicos pertenecientes a más de una generación. Pero ello no es encomiable, puesto que lo ha hecho de manera reactiva y a un altísimo costo. Cambió el rol de director de orquesta por el de policía de tránsito y terminó atropellado.

Las obligaciones legales y morales del Estado mexicano no pueden ser renunciables en aras de apuestas azarosas donde las ganancias se privatizan y las pérdidas se socializan. Por ende, resulta imperativo que éste asuma su carácter rector y que orqueste a todas las partes para diseñar e implantar un proyecto que nos saque de la medianía. Ésta es la oportunidad que brinda una nueva legislatura.

Lo grave no es heredar a nuestros hijos un mundo peor al que vivimos, sino la costumbre a vivir en la mediocridad